



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Horacio: Una traducción y una transposición (Ensayo doble)

Autor:

Oscar Enrique Andrieu

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1972, 17 2a. Parte, pag. 9 a 22



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## VI CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS CLASICOS

El VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos de la F. I. E. C. se celebrará en Madrid entre el 2 y el 7 de setiembre de 1974. El tema general será *Resistencia y asimilación de la cultura antigua en el mundo mediterráneo*. El programa comprende también un coloquio sobre las relaciones entre los estudios clásicos de la ciencia contemporánea; una sección especial para descubrimientos y novedades importantes y una sesión conmemorativa del XXIV centenario del nacimiento de Platón.

Para más información, dirigirse al Prof. Manuel Fernández Galiano: Comité organizador del VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos. Duque de Medinaceli 4. Madrid (14).

## HORACIO: UNA TRADUCCION Y UNA TRANSPOSICION (ENSAYO DOBLE)

por

**Oscar Enrique Andrieu**

†

El extremismo (o sea, llevar los procesos hasta su extremo, en busca de autenticidad o en pretensión de pureza o en proyecto de originalidad) es una de las características del siglo XX (el nombre más inocuo para la situación cultural del momento actual): quizás su característica más dramática, pues de ella surge la crisis profunda e integral de esta época. Todo ha sido puesto en entredicho: principios, sentidos, valores, leyes, técnicas. El Arte, donde aparecieron presagios de esta crisis, ha extremado tal extremismo. Las artes lo han realizado y, en muchos casos, resultó una disolución de ellas, ante todo de las más antiguas. El cine, la más conspicua de las nuevas, la más propia del siglo y la más apropiada a él, resiste muy bien tal extremismo crítico, de modo que la originalidad no le quita comprensión colectiva ni consistencia sistemática. Pero, ¿qué pasa con las otras? La pintura, en su extremo de pureza no figurativa, quizás vuelva hacia su mayor impureza: la decoración. La escultura, por la misma razón, se acerca a una geometría rígida o a una amorfa plástica. La música, en sus niveles más cultos, es privilegio de cerradas camarillas, y sólo consigue una audiencia dilatada en lo popular, nivel que, felizmente, es abundante y discretamente valioso. La arquitectura, en lucha contra la economía, se convierte en una técnica funcional y no estética: con lo cual gana (a veces) la habitación, pero no se enriquece el Arte. Las artes llamadas antes menores (y que sólo ahora merecen este nombre) están desvirtuadas y desnaturalizadas por la industrialización. ¿Y la literatura? Hace más de un siglo, por anemia, falleció la epopeya. La confusión romántica anuló tragedia y comedia. El drama padece por la competencia victoriosa del cine. El auge de la novela (con geniales extremistas como Proust y Joyce) agota sus posibilidades, y ya se encuentra en crisis. La lírica sufre de inanidad, por un hermetismo inefable. Sólo conservan vigor el cuento y el ensayo: el primero, ¿hasta cuándo?; el segundo vacila en el prodigioso precipicio de la erudición, de no ser Montaigne para caer en la estadística científicista. La situación es aún más grave para toda la literatura en general: los medios de información, en aumento, uno de los procesos notables del siglo, pueden aniquilarla (o, por lo menos, aminorarla) en tal función; sólo quedaría entonces como vehículo estético, con lo cual perdería en interés vital el hipotético saldo favorable que podría resultar con respecto a lo estético. De acuerdo con tales síntomas, es muy probable que la literatura "resistente" y

“subsistente” exija dos condiciones: poco desde el punto de vista de la “conformación” técnica, mucho desde el punto de vista del “potencial” tónico. O sea, brevedad y precisión por un lado, intensidad y expresión por el otro. Sería la muerte (salvo en un medio artificial de laboratorio, el de los eruditos) de muchos escritores famosos, que se mantendrán quizás afamados por un nombre, pero devaluados en resonancia humana: los “extensos”, sin “intensa” contemporaneidad. ¿Quién leería a Virgilio?

¿Y Horacio?

Tradicionalmente se usan, para caracterizarlo como escritor, las palabras precisión, concisión, brevedad. Todas ellas indican más o menos lo mismo, una dimensión lingüística, algo que se refiere a la cantidad idiomática: la tendencia hacia un mínimo. Esto es válido ante todo para las *Odas*, aunque aparece también característicamente en medio del discurso más suelto de las *Sátiras* y de las *Epístolas*. Este mínimo de material artístico está de acuerdo con una de las inclinaciones subsistentes de la literatura probable en el futuro. Tal mínimo se parece mucho al procedimiento de las máximas: sintaxis estrecha y urgente, léxico escogido utilizado en su plena significación, alusiones metafóricas y proyecciones filosóficas. No es de extrañar, por lo tanto, que, cuando esta fórmula se aplica a nociones morales o filosóficas, los resultados sean verdaderas máximas, que refulgen en Horacio como gemas. Una segunda nota, de calidad ahora, complementa ese mínimo y justifica la metáfora de orfebrería que hemos empleado: el material lingüístico se presenta en su mayor perfección estilística. Ese mínimo es, además, un óptimo. De esto resultan ciertas valencias artísticas y estéticas que se comprenden suficientemente recurriendo a metáforas: Horacio parece “cristalizado”, brilla como un diamante de múltiples facetas, semeja un caleidoscopio bien “organizado”. En primera impresión puede resultar frío, e indudablemente no es patético. Pero la culpa es nuestra si no logramos la explosión de la carga potencial metida en esa perfecta cristalización. Horacio exige y provoca una descarga cuando lo “hacemos nuestro”. No es un lírico de efusión a la manera romántica: es un “ensayista de potenciales existenciales” como puede serlo un “compositor” de Máximas. Dos niveles, por lo tanto, hay que distinguir en su consistencia: el explícito mediante figuras y referencias (mitológicas, históricas, casuísticas, etc.), el implícito que provoca la descarga. Aquél puede resultar ahora inusitado, y casi siempre exige la aclaración filológica de su arqueología; éste resuena como perenne, y sólo exige el comentario reflexivo de su antropología. Con aquél, Horacio ya no interesaría; por éste, sigue siendo válido y validoso. Y el criterio de lo “mínimo óptimo”, al comprimirlo y perfeccionarlo, lo “potencializa” al “máximo”.

Pero lo mínimo óptimo dificulta sobremanera la traducción. Hay que traducir todo Horacio: no sólo lo que dice, sino como lo dice. Con la misma dimensión, con la misma perfección. No importa que la traducción sea en prosa o en verso, si conserva estas dos condiciones. Ahora bien, si es en verso (y de todo Horacio), no debe recurrir a una métrica uniforme. ¿Hay, pues, que adaptar la latina al castellano? Creo que sería un error: muy poco sabemos cómo se decía entonces un verso latino, y los factores de versificación no son los mismos que en castellano. Pero conviene recurrir a una métrica múltiple: usar versos sueltos si Horacio

compuso *κατά στίχον* usar estrofas si él lo hizo. En el caso de la estrofa sáfica, que se compone en castellano (aunque casi seguramente con acentuación distinta), creo que no cabe vacilación: hay que adoptarla. En los otros casos, el problema es de conmensurabilidad y convalidación métricas. Por lo tanto, bastante impreciso, pero no del todo inaccesible.

Con esto, nos hemos apartado de nuestro propósito: ¿qué vale ahora Horacio? Apoyémonos sobre algunas *Odas*. Las vuelvo a traducir, no para competir con modelos anteriores, sino porque cada uno debe “digerir su Horacio”. Elijo ejemplos de cada paradigma métrico: versos sueltos, dísticos, estrofas (las dos variedades de mayor frecuencia en Horacio: alcaicas y sáficas).

Primer ejemplo: versos sueltos e iguales. Es la Oda 11 del libro I. Los versos son asclepiadeos mayores, y recurro a los alejandrinos con cesura al medio. La aparición de la rima consonante comenzó siendo casual, y luego la conservé, por parecerme que redondeaba aún más una métrica tan ceñida. Los ocho versos horacianos se han vuelto diez en mi traducción; es un defecto, pero preferí sacrificar la extremada brevedad y no el intenso sentido; además, el defecto se amengua un poco si se piensa que el verso alejandrino de catorce sílabas es algo más breve que el asclepiadeo latino.

(I) XI

Leucónoe, no inquietas (saberlo está prohibido)  
El fin que a cada uno los dioses han medido,  
Ni consultes los números que el babilonio enhebra.  
Otros conceda Jove, éste sea el que quiebra  
(Ultimo invierno tuyo) en rocas al Tirreno,  
Acepta lo que venga, filtra tu vino bueno,  
Prueba el sabor y sabe, según el tiempo breve  
Recorta la esperanza; huye la edad aleve.  
Mientras hablando estamos: prudente desconfía  
De un incierto mañana, y ahora coge el día.

Segundo ejemplo: dísticos. Es la Oda 7 del libro IV: un hexámetro dactílico cataléctico y un ternario de la misma especie. Recorro a un verso de quince sílabas (con hemistiquios de siete y ocho) y a un octosílabo. La rima asonante cada dos versos cortos se explica como en el caso anterior, y se ha conservado por la misma razón. Son veintiocho versos.

(IV) VII

Se han disuelto las nieves, vuelven ya pastos al campo,  
Cabellera al vegetal;  
Cambia turnos la tierra, ya no desbordan los ríos  
Y entre riberas están;  
La Gracia con las Ninfas y sus hermanas, desnuda,  
A nuevos coros se atreve.  
(Robando el almo día, la hora advierte y el tiempo:  
Nada inmortal nunca esperes.)  
... Céfito ablanda el frío, el verano fugitivo  
Aplasta a la primavera,  
Vierte otoño sus frutos y las brumas invernales

Muy pronto estarán de vuelta.  
Pero daños del cielo reparan veloces lunas;  
    Cuando en muerte nos hallemos,  
Junto al piadoso Eneas seremos, y al rico Tulo,  
    Polvo y sombra y mucho menos.  
¿Quién sabe si los dioses, al total que hoy han sumado  
    Agregarán un mañana?  
Sólo cuando concedas a tu corazón amigo  
    Librarás de manos ávidas.  
Una vez que hayas muerto y, en su tribunal suntuoso,  
    Sentencia tengas de Minos,  
No te salvará el nombre, Torcuato, ni la acundia  
    Ni por fe los santos ritos  
—Pues del oscuro infierno ni la diosa Diana al casto  
    Hipólito liberó,  
Por su amado Pirítoo ni los vínculos leteos  
    Romper Teseo logró.

Tercer ejemplo: la estrofa más usada por Horacio, alcaica. He compuesto "ad hoc" una estrofa castellana: dos endecasílabos, un eneasílabo, un decasílabo. Oda 14 del libro II. Son siete cuartetos.

(II) XIV

¡Ay, cuán fugaces pasan, ay!, los años,  
Póstumo, y niega la piedad demora  
    A las arrugas, la inminente  
    Senectud y la indómita muerte,  
¡No!, aunque aplaques con trescientos toros  
(Cuantos los días) a Plutón sin lágrimas,  
    Que aprisiona a Gerión, gigante  
    Triple, y a Ticio con la siniestra  
Onda que todos, de terrestres dones  
Nutridos, todos sí, surcar debemos,  
    Seamos venturosos reyes,  
    Seamos indigentes colonos.  
Vano es guardarnos del sangriento Marte,  
De las rompientes en el ronco Adriático;  
    Vano es temer, en el otoño,  
    El Austro que daña nuestros cuerpos:  
Deben ser vistos en su curso lánguido  
El negro Cócito, y la estirpe infame  
    De Dánao, y Sísifo Eólida  
    A un largo trabajo condenado.  
Tierra y morada abandonar debemos,  
Plácida esposa, y de tus cultos árboles,  
    Salvo los odiosos cipreses,  
    Ninguna hallarás dueño de un día.  
Un heredero beberá, más digno,  
El Cécuba que guardas con cien llaves,  
    Manchando con vino un mosaico  
    Que en sus cenas falta a los pontífices.

Cuarto ejemplo: la estrofa sáfica, que desde siglos fue transportada al castellano. Sin embargo, los endecasílabos castellanos, que con acierto exigen, para ser sáficos, pausa después de la quinta sílaba, llevan acentos de intensidad en las sílabas 1ª, 4ª, 8ª y 10ª. En cambio, en griego y en latín, con esa misma cesura, tienen largas las sílabas 1ª, 3ª, 4ª, 5ª y 10ª. Sin pretender que haya habido en latín entonces una escansión con *ictus*, se podría, me parece, intentar en castellano la siguiente acentuación: 1ª, 3ª, 5ª ( a veces, esto podría correr la cesura después de la sexta sílaba, lo que también existió en latín), 8ª y 10ª. He aquí una tentativa. Es la Oda 10 del libro II, con seis estrofas.

(II) X

Con mejor razón vivirás, Licinio,  
Si no siempre el mar audazmente urges  
Ni con cauto horror de huracán apremias  
    Costas inicuas.  
Aurea vida quien equilibrio elige:  
Más feliz ignora el ruinoso techo,  
Más las salas ricas que envidian todos,  
    Sobrio y seguro.  
Más frecuente el viento conmueve al alto  
Pino y más las torres excelsas caen  
Con un ruido atroz, más en cumbre hieren  
    Rayos a montes.  
Con igual valor en la suerte alterna  
Teme en bien el mal y en el mal espera:  
Jove nos quitó tempestad informe  
    Que él mismo trajo.  
Si hoy en contra está, quizás no mañana:  
Con la lira excita a la Musa muda  
Y no siempre tiende con ira el arco  
    Inclito Apolo.  
Cuando es paso angosto, animoso y fuerte  
Siempre muestra el yo; mas con gesto sabio,  
Si es exceso el viento a favor, achica  
    Túrgidas velas.

Un quinto ejemplo. La tentativa anterior, de una estrofa sáfica más parecida en acentuación a la métrica antigua, no me satisface: resulta demasiado rígida. Conviene volver a la prudencia secular. En esta versión de la Oda a Grosfo, seguimos la acentuación tradicional en castellano. Esta Oda, una de las más notables de Horacio, tenía ya en castellano estupenda traducción, la de Manuel María de Arjona; algunos versos de la nuestra provienen directamente de ella.

(II) XVI

Ocio a los dioses en el ancho Egeo  
Ruega el piloto cuando negra nube  
Cubre la luna y para el nauta brillan  
    Astros dudosos;

Ocio en la guerra la furiosa Tracia,  
Ocio los medos que el carcaj decora:  
Ocio que nunca comprarán, oh Grosfo  
    Ni oro ni gemas.  
Pues ni tesoros ni el lictor del cónsul  
Tristes apartan del pensar las turbas  
Y los cuidados que el labrado techo  
    Cruzan errantes.  
Poco es bastante para quien refulgen  
Mesa modesta y familiar salero;  
Sórdidas ansias ni temor le quitan  
    Sueños tranquilos.  
Fuertes y breves, ¿por qué ansiamos tanto  
Tiempo, y por tierras que otro sol calienta  
Estas cambiamos? De su patria huyendo,  
    ¿Quién de sí huye?  
Torpe zozobra a las ferradas naves  
Sube, y persigue a los jinetes raudos,  
Más que los ciervos, más veloz que el Euro,  
    Jefe de nubes.  
Contenta ahora, más allá la mente  
No se preocupe, y con serena risa  
Temple lo amargo: no es feliz del todo  
    Nada en el mundo.  
Rápida muerte arrebató al Pelida,  
Largos los años a Titón amenguan,  
Niégate acaso lo que daríe al punto  
    Quiere el presente.  
Tú cien rebaños (sicilianas vacas)  
Tienes que mugen; mayoral, tu yegua  
Alza relinchos, y te viste en lanas  
    Doble la púrpura;  
Yo sólo tengo lo que dio la Parca:  
Campos exiguos, de la Musa griega  
Hálito leve, y despreciar al vulgo,  
    Siempre maligno.

Estas cinco Odas suministran un muestrario de la métrica horaciana y contienen una caracterización antológica de la estilística de Horacio y un sumario consumado de lo que podemos llamar su filosofía, (es decir, una inquisición con solución acerca del hombre y de su existencia en el mundo). No las hemos elegido al azar, sino principalmente por esto último.

En estas cinco Odas se advierte, con mayor nitidez que en muchas otras, un doble nivel de validez con respecto al interés de los materiales (y no de los instrumentales, que están casi siempre a la misma altura en cuanto al mínimo óptimo): algunos son reflexiones perennes, otros son alusiones que corresponden a un determinado momento histórico. Estos elementos han envejecido, y son los que requieren erudición y determinación filológica. Por ellos, las *Odas* están "viejas": pero esto ocurre con *todas* las obras de arte. A lo sumo, tales alusiones pueden conceder un

saber añejo, un atractivo de antigüedad; pero, salvo imitación (como la hubo repetidas veces, por ejemplo durante el Renacimiento), no se admitiría su inserción actual, ni a nadie se le ocurriría genuinamente. Con todo, estos materiales, los arqueológicos (que fueron contemporáneos para Horacio), aunque no hacen al sentido fundamental de la Oda, desempeñan una función ineludible: encarnan la idea, dan consistencia de vida histórica a una insistencia de proyección exclusivamente humana. No podemos suprimirlos: la Oda se transformaría en una Máxima. Sin embargo, es posible transportarlos sin que se amengüe el interés último de la obra, que reside en lo otro. Si lo cambiamos en uno de los ejemplos anteriores, discriminamos con precisión qué es lo arqueológico e histórico, qué es lo antropológico y filosófico en las valencias de una Oda de Horacio. Hagamos la prueba con la Oda 16 del libro II. Quizás, desde el punto de vista humanista (y dejando de lado el estético), su validez permanezca intangible. En cambio, la obra ya no exige para nosotros una filología arqueológica: se ha vuelto contemporánea, no con respecto a Horacio, sino para nosotros. Y posiblemente adquiriera una mayor resonancia para los legos, aunque los eruditos objeten un menoscabo en las alusiones pretéritas y nostálgicas. Repito: soslayo el problema de una estética completamente distinta (la de hoy, repentista y hermética, con respecto a la del "mínimo óptimo"); miro preferentemente hacia un futuro probable.

Ocio al destino en el inmenso espacio  
Pide el piloto cuando turbia nube  
Cubre el mensaje y al viajero llegan  
Signos dudosos;  
Ocio en sus guerras el furor germano,  
Ocio los tres que envaneció la bomba:  
Ocio que nunca comprarán divisas  
Ni oro ni rentas.  
Pues ni tesoros ni el bastón de mando  
Tristes apartan del pensar las turbas  
Y los cuidados que de acero el muro  
Cruzan infectos.  
Poco es bastante para quien refulgen  
Mesa modesta y familiar salero;  
Sórdido miedo ni ambición le quitan  
Sueños tranquilos.  
Fuertes y breves, ¿con qué fin la vida  
Tanto lanzamos, y por otros mundos  
Este cambiamos? De su patria huyendo,  
¿Quién de sí huye?  
Viro y zozobra en las blindadas máquinas  
Entra, y persigue los audaces bólidos,  
Más que electrones, más veloz que el año—  
Luz en vacío.  
Contenta ahora, más allá la mente  
No se preocupe, y con serena risa  
Temple lo amargo: no es feliz del todo  
Nada que dure.

Rápida muerte a James Dean nos quita,  
Lentos los años a Sorel consumen,  
Niégate acaso lo que darme al punto  
    Quiere el presente.  
Tú cien millones (esterlinas de oro)  
Tienes que aumentan; señorial, tu empresa  
Fundas consorcios: caridad y usura  
    Doble te exaltan;  
Yo sólo tengo lo que azar me ha dado:  
Puntos exiguos, del amor hermoso  
Método sabio... y alejar el vulgo:  
    Hasta la muerte.

De las cinco Odas que hemos elegido, cuatro aparecen citadas en la *Epístola a Horacio*, de Menéndez y Pelayo, no por razones estilísticas, sino de contenido:

“¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!  
“Canta la paz, la dulce medianía,  
“El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,  
“El *Carpe diem* que al placer anima,  
“El *Rectius vives* que enaltece el alma...  
“El *Otium divos* que la mente aquieta.”

Razones semejantes aconsejaron nuestra elección, pero no una sola, sino las dos: no sólo la perfección característica del estilo, sino *además* la significación del contenido. Pues el arte de Horacio, un mínimo óptimo desde el punto de vista de la exquisitez estética, se proyecta en un mensaje de sabiduría desde el punto de vista de la intención ideológica. No sólo es arte, sino *también filosofía*. La obra ofrece así dos dimensiones: con respecto a la morfología, un mínimo óptimo; pero, por la intensidad de la reflexión humanista, que la carga de potencial, y por la comprensión de este mínimo óptimo, que eleva sobremanera tal potencial, un máximo con respecto a la semántica. Esto ocurre en las Odas que merecen el nombre de filosóficas, y que forman más o menos la cuarta parte de los cuatro libros. Estas son las *Odas* perdurables de Horacio, las que subsisten valiosas no mediante el comentario filológico de una arqueología, sino mediante la reflexión antropológica de una sabiduría. Se puede hablar de una filosofía horaciana, que no es original y exclusiva de Horacio, sino común denominador de cierta actitud del hombre, cuando filosofa auténticamente, es decir, no sobre proposiciones dogmáticas o prejuicios ideológicos, sino sobre sus irreductibles axiomas en tanto que humanidad: una filosofía humanista. En esto reside la validez de Horacio: una filosofía humanista “potencializada” al *máximo* por una expresión *óptima*, un *máximo* de intensidad auténtica en un *mínimo* de extensión lingüística. Después del mínimo estilístico, hay que reasumir el máximo filosófico; en su conjunción se hallará (o no) la razón suficiente de la probable permanencia de Horacio.

No un tratadista sistemático; por lo tanto, no expone en orden sus posiciones y proposiciones de filosofía. Esta filosofía resulta un sistema no por un orden de razones (como puede ser la de Santo Tomás, la de Descartes, la del mismo Kant), sino por una coherencia. Generalmente,

cada punto de ella constituye el máximo de una o varias Odas. El orden que seguimos es meramente provisorio (para esta “composición”); la filosofía horaciana puede ser iniciada por cualquiera proposición, que luego de ella aparecen, por la coherencia de armonía, las demás. Estas proposiciones radicales han sido el criterio de nuestra elección de las cinco Odas.

1º) Lo humano está puesto en alternativa, entre dos coeficientes o condiciones. Uno de estos términos es lo negativo: la nada, la inanidad, la vanidad, la total y completa devaluación de los valores, el anonadamiento de los seres y las cosas. Hay algo definitivo e insuperable, irreversible, irreductible: es la muerte (y todas las muertes parciales y graduales, presagios y pronósticos de la total y definitiva, que constituyen el campo de lo caduco: y todo es caduco). Así pues, toda solución positiva que una filosofía arriesgue, debe tener en cuenta eso que es negativo. Ejemplo: la Oda 14 del libro II. ¿Por qué hemos dicho “lo negativo”? No sólo porque lleva y obliga a la nada, sino, en primer lugar, porque una filosofía debe negarlo, excluirlo (aunque no suprimirlo, que es imposible).

2º) El otro término es lo positivo. ¿Qué le resta como tal al hombre frente a la negación anterior? Sólo lo cotidiano. Para que sea positivo, debe hacerlo “suyo”: lo cotidiano es lo posible, y debe ser poseído. Pero también, para ser positiva, su posesión exige ciertas valencias, que en seguida consideraremos. Ejemplo: la Oda 11 del libro I.

3º) Volvamos a lo negativo. Más allá de la muerte y lo caduco (límites de lo cotidiano), el hombre no puede penetrar: es lo imposible (por impotencia humana), lo absoluto (suposición de la utopía). Si se lo pretende, se cae en el único y pésimo delito, en un pecado de lesa humanidad, en una hipérbole de divinización: es el exceso, la demasía, la *ὕβρις*. Ante esto, el hombre debe detenerse, quedar en suspenso. Esta suspensión (una verdadera *ἐποχή* metafísica y mística) determina, con terminología moderna, el agnosticismo nihilista de Horacio. Más aún: la caducidad, para el hombre, es irreversible; no hay para él, como para la naturaleza, una reiteración. Ejemplo: la Oda 7 del libro IV.

4º) El único posible, el irreductible axioma del hombre es él mismo, su “yo” (Horacio nunca lo expresa con esta palabra, sino con sus efectos), el “sí mismo” (usando el término “sí” tanto como reflexivo cuanto como signo de una positividad). Este axioma es el supuesto en el agente existencial; debido a él, esta posición puede designarse como un positivismo: un positivismo humanista. Para este axioma, la muerte (y lo caduco) es una evidencia (quizás la única), la suspensión para lo imposible y lo absoluto utópico es la única probabilidad ante tales proyecciones, lo positivo (en cuanto a lo cotidiano posible y poseído) es una vivencia (quizás la única valiosa). Por último, el positivismo que de ello resulta es la valencia humanista. ¿En qué consiste? (Ejemplo de lo dicho: la Oda 11 del libro I y la maravillosa estrofa 7ª de la Oda 16 del libro II).

5º) Antes de encarar la consistencia de ese positivismo humanista, una observación que se refiere a su dimensión. Del mismo modo como comete inútil e infructuosa demasía quien pretende lo absoluto, así tampoco puede pretenderse una posesión infinita de lo cotidiano posible,

poseído y positivo: se convertiría también en utopía. De ahí, una restricción (equivalente de aquella suspensión): es la moderación. Agreguemos una Oda a las ya traducidas para ejemplificarla claramente, y obsérvese como “ne quid nimis”, que aquí merece el nombre de “mens aequa” (y que formará parte del “equilibrio”), está puesto en correlación con la muerte y con el goce y gozo del día. Es la Oda 3 del libro II.

(II) III

Con equilibrio en ocasiones arduas  
Mantén tu mente, y en fortunas buenas  
No menos lejos de insolente  
Alegría, moridor pues eres,  
Delio, aunque vivas todo el tiempo triste,  
O sobre el césped de un jardín remoto  
En días festivos te vuelvas  
Feliz con un Falerno escogido.  
Alamo blanco y elevado pino  
¿Para qué gustan asociar con ramas  
Sombra propicia? ¿Por qué el agua  
Fugaz trepida en oblicuo arroyo?  
Pronto, que traigan el perfume, el vino,  
Las flores breves del rosal ameno,  
Mientras lo permitan los años,  
La situación y los negros hilos  
De las tres Parcas. Cederás tus sotos,  
Casa, tu granja junto al Tíber flavo;  
Estas riquezas que acumulas  
Tan alto, serán de un heredero.  
Si naces rico y del antiguo Inaco  
(Nada interesa) o sin progenie y pobre,  
Tienes tu plazo bajo el cielo,  
Víctima del Oreo inexorable.  
Uno y el mismo es nuestro fin; de todos  
Muévase en urna (más ligera o más lenta)  
La suerte futura, que en barca  
Nos envía al eterno destierro.

En la ya vista Oda 10 del mismo libro, moderación contra el exceso y equilibrio de los contrarios coeficientes se proponen y afirman con enfática plenitud. Tal moderación aparece como un corolario de la evidencia aplicado a la valencia.

6º) Para concluir, ha llegado el momento de determinar la consistencia de esta valencia positiva: ¿cuáles son los poderes del hombre en relación con lo posible? Llamemos a esto las potencias de la humanización en cuanto a su positivismo, que es a la vez auténtico y trascendental. El hombre posee con certeza lo cotidiano, es decir, el “ahora”; por lo mismo, dispone con probabilidad de algo más, pero de la misma naturaleza: el presente en un moderado futuro. De ahí que las potencias sean dos: la voluptuosidad (goce y gozo) del minuto instantáneo, la virtud (o sea, la energía) para conservar y progresar en un método (infinito, en

cuanto indefinido, no en cuanto interminable y absolutorio). O sea, una etapa (o pausa o morada) constante y un itinerario probable: jornadas a la intemperie. Lo primero exige un usufructo, que debe ser "exquisito" (etimológicamente: extraído hasta el máximo posible, como quien saborca una naranja exprimiéndola); lo segundo comporta una energía, para reconquistar (y aún mejorar) tal usufructo al cambiar las ocasiones. El usufructo del momento es vivencial, la energía del movimiento es intencional. El primero es la hermosura vivida; el segundo es la interiorización espiritual de esta hermosura, es la sabiduría. En la Oda 11 del libro I, Horacio dice estos dos aspectos (de una misma potencia vital) con una sola palabra: "sapias". Para conservar el máximo del sentido, hemos debido sacrificar el mínimo de expresión y empleamos dos palabras, pero de la misma raíz: "sabor" primero, "saber" como consecuencia. En verdad, se trata de lo mismo, en los dos aspectos o polos humanos (que a veces se llaman "cuerpo" y "alma", que prefiero entender como apariencia de la vivencia en el instante de voluptuosidad exquisita, la hermosura, y como intimidad de la vivencia en el método de probabilidad energética, la sabiduría). Digamos que hermosura y sabiduría constituyen una ecuación, un binomio en el cual la igualdad de los términos recupera la unidad originaria. Aquí reaparece, con todos sus valores etimológicos, la palabra "equilibrio". Una ecuación de "libre" (por auténtico) y progresivo (por trascendental) equilibrio: tal es la combinación más valiosa ¿(la plusvalía y la entelequía)? de las potencias positivas de lo humano. Tal es la filosofía humanista de Horacio. Pero, si se considera lo que exige de abnegación con respecto a lo negativo, de compostura y moderación en lo positivo, tal humanismo filosófico supone una aristocracia. En su validez más valiosa, el equilibrio en que se consuma la ecuación de hermosura y sabiduría, se manifiesta, como tónica existencial, en la serenidad, el reposo, la paz, el "otium" latino (a pesar del "negotium", de las opuestas ocasiones y diversiones): es la más valiosa de las probables versiones (quizás la única versión probable, aunque aristocrática) de la felicidad humana. (Me atrevería a usar para ella una palabra de origen griego, de la que Horacio ni sospechó quizás: "eulogía"). Léase así la sugestiva y majestuosa Oda 16 del libro II.

Hemos tratado de resumir la filosofía horaciana en términos nuestros, sin recurrir a las ideologías de aquella época (mediante una transposición). Así pues, no trataremos de encastillarla como epicureísmo ni de regocijarnos o de complicarnos con un incremento posterior de estoicismo, ni de conectar esto último con los propósitos políticos de Augusto etc. Son problemas de arqueología. El inesperado corolario estoico, por ejemplo, puede explicarse por un sincretismo, sin duda, pero no necesariamente de ideologías escolásticas, sino de aspectos ecuacionales: la voluptuosidad instantánea exige, para convertirse en método, una energía progresiva; de ahí, la tensión y la virtud, que entonces quizás fueran ingredientes estoicos, pero que ya no nos vemos forzados a justificar por estoicismo. Sería un espejismo cosmológico con respecto a una constante antropológica.

Contemporáneo de Horacio (en todos sus materiales), contemporáneo para nosotros (en sus materiales no arqueológicos, sino en los asideros existenciales de su máximo, que hemos tratado de resumir en las proposiciones precedentes), este humanismo de Horacio es perenne: porque es

humanista, su validez coincide con la vigencia de la humanización. Si desglosamos, en las Odas filosóficas de Horacio, lo que corresponde a la filosofía de lo que contiene arqueología, y transportamos aquellos lineamientos a un contenido menos casuístico, tales Odas pueden presentarse íntegramente como ubicuas, perennes. El interés de este proceso de extemporalización residiría en que se advertiría con mayor nitidez que lo que subsiste inalterable es el máximo; por lo tanto, que la proximidad de Horacio con respecto a nosotros y a los hombres se refiere no a los accidentes, sino al máximo esencial, fundamental, radical.

Veamos algún ejemplo (que, entendamos bien, sólo es válido como tal, por cuanto no nos proponemos corregir ni substituir a Horacio, como antes no nos propusimos actualizarlo). Una vez realizada la experiencia, la versión originaria debe subsistir, pero enriquecida y fortalecida por esta prueba. Aún más: cuando una Oda de Horacio “vale” para nosotros por su máximo, no es ni siquiera necesario su óptimo mínimo; basta con las palabras que suscitan la posición fundamental (como ocurre en la *Epístola* de Menéndez y Pelayo).

En algún caso, es suficiente cambiar algunas palabras. Así, en la Oda 11 del libro I:

No inquietas, hombre hermano, (nunca se habrá podido)  
El fin que a cada uno las suertes han medido,  
Ni consultes los números que el creyente te enhebra.  
Otros obtengas luego, éste sea el que quiebra  
(Ultimo invierno tuyo) al mar en lo finito,  
Acepta lo que venga, filtra el vino exquisito,  
Prueba el sabor y sabe, según el tiempo breve  
Recorta la esperanza; huye la edad aleve  
Mientras hablando estamos: prudente desconfía  
De un incierto mañana, y ahora coge el día.

Lo mismo pasaría con la Oda 10 del libro II. En cambio, por la cantidad de alusiones arqueológicas, los cambios son mayores en la Oda 16 del mismo libro (que también hemos “contemporaneizado”); a pesar de ellos, el sentido sigue siendo el mismo, el máximo queda inalterado, puesto que constituye una constante antropológica:

Ocio a la suerte sobre el mar sin costas  
Clama el piloto cuando negra nube  
Cubre horizontes y a lo lejos brillan  
Luces dudosas;  
Ocio en la guerra el combatiente oscuro,  
Ocio en el tedio el triunfador ahíto:  
Ocio que nunca comprarán, amigo,  
Ni oro ni aureola.  
Pues ni tesoros ni el poder caduco  
Tristes apartan del pensar las turbas,  
Algida angustia que del humo vano  
Vuela en la gloria.  
Poco es bastante para quien refulgen  
Mesa modesta y familiar salero;  
Sórdidas ansias ni temor le enturbian  
Dicha sin lustre.

Fuertes sin tiempo, ¿con qué fin el tiempo  
Tanto matamos, y por otras cosas  
Estas cambiamos? De su puesto si huye,  
¿Quién de sí huye?

Sierpe y zozobra en las seguras celdas  
Entra, y persigue a los audaces raudos,  
Más que el minuto, más veloz que eternas  
Ondas que fluyen.

Contenta ahora, más allá la mente  
No se preocupe, y con serena risa  
Temple lo amargo: no es feliz del todo  
Nada que dure.

Joven al uno arrebató la suerte,  
Largos al otro consumieron años,  
Niégate acaso lo que darne al punto  
Quiere el presente.

Tú la abundancia de tu afán cosechas,  
Múltiple tienes e infinito aguardas;  
Porque al pasado el porvenir te suma,  
Alzaste siempre.

Yo sólo tengo lo que a veces pude:  
Puntos exiguos, del amor hermoso  
Método sabio... y alejar el vulgo:  
Hasta la muerte.

Volvamos al verdadero Horacio, pero visto fundamentalmente con esta perspectiva de humanismo auténtico, aristocrático y perenne. De acuerdo con el mínimo óptimo de su morfología (con tal que, en una valuación más exacta y correcta de su máximo filosófico, devaluemos las alusiones históricas de su arqueología), de acuerdo con él, Horacio no marcharía en contra de una de las probables tendencias de la literatura en su controversia con otras técnicas de información, ahora no estéticas. Es decir, la probabilidad del porvenir de acuerdo con la estadística de lo actual no excluiría a Horacio. Lo que sigue es aún más importante. De acuerdo con su máximo en filosofía humanista, Horacio es una de las pocas respuestas valiosas en la caducidad, desolación y anarquía del mundo actual. Los dogmas se han debilitado y derrumbado, las ideologías están en controversia, la axiología en crisis, la ciencia cuantifica los sucesos (que ya no son cosas) y disuelve la realidad (que, de sustancia que creíamos, sólo vale como fenómeno), la mística es cada vez más inoperante y el saber no satisface. La proposición primera que enunciamos acerca de Horacio y su proyección en la tercera son ahora más intensas que entonces, son casi extremas. Al hombre sin dogmas, al hombre tecnificado, sólo le resta el axioma de sí mismo; al hombre sin eternidad, sólo le resta la posesión cotidiana; al hombre sin absolución, sólo le resta el usufructo de lo instantáneo. "Aquí y ahora", dice el pájaro en *La isla*, de Huxley. Pero esto sólo es válido y valioso para el hombre auténticamente irreductible. Al hombre sólo le resta como positivo (en medio y a pesar de tanto negativo) un humanismo. Por el alternativo y también constante nihilismo, tal humanismo no es fácil, ni siquiera frecuente: es

una aristocracia. Pero es posible. Y no es poco valioso: es la posibilidad más valiosa de la felicidad.

Es la lección de Horacio: léanse, ahora en este orden, las Odas (IV) VII, (II) XIV, (II) III, (II) X, (I) XI, (II) XVI. Esto mismo, con menos condensación morfológica, con más agilidad graciosa, es la lección de Mozart. Y es la única lección irreductible para la humanidad. Horacio no la inventó, sino que la extractó de lo humano, y la dijo en un mínimo óptimo con un máximo potencial: quizás por ello Horacio sea válido todavía y quizás pueda subsistir.

A partir de una traducción, hemos intentado una valuación de Horacio: en contemporaneidad, en perennidad. La traducción nos ha conducido a un "ensayo". Hemos intentado la "prueba" de Horacio fuera de su época: en la nuestra... y en una probable constante de humanidad. La pregunta "¿Y Horacio?", *quizás*, en este "ensayo", haya logrado una respuesta positiva: también de probabilidad, sobre la base de un mínimo óptimo morfológico y de su máximo filosófico. En la devaluación crítica de la actualidad (liquidación de algo, preparación de algo), porque subsiste lo humano, Horacio conserva su validez... quizás.

(Si se nos objetara la positividad del ensayo, todavía nos quedaría un beneficio, por lo menos personal: la traducción. Traducir implica introducirse e introducir: hemos hecho "nuestro" a Horacio, hemos hecho "nuestro" Horacio. Mediante una asimilación recíproca. Desde un punto de vista personal, si se niega el histórico, nuestro ensayo ha logrado provecho: en el caleidoscopio de Horacio hemos puesto nuestra faceta, en el prisma de su diamante hemos discriminado nuestro espectro. Mientras su arte y su filosofía, en esa equilibrada ecuación de hermosura en punto y de sabiduría en método, con esa paradójica (y analógica) solución de mínimo y de máximo, coincidan en un vivir, Horacio sobrevive. Lo que por el diamante se analiza en matices, también por el diamante vuelve a la síntesis y a la luz: caleidoscopio).

Después de muchos, de Voltaire y de Menéndez y Pelayo, con mérito menor pero con igual derecho, decimos a Horacio de acuerdo con Horacio:

Que mi vida se cumpla (es lo que intento)  
Más ágil que la nube y más variada  
Que el tornasol constante en alborada:  
Todo en el aire es seducción del viento.

La veleta se llama pensamiento  
Y como alternativa se anonada,  
Para que elija vertical mirada  
En su equilibrio el libre movimiento.

Sólo es mío lo efímero, y es mía  
La sonrisa sutil ante infinito:  
Soy un método frágil entre muerte.

Paso es la fuerza, pausa la alegría  
—Siempre contento, pero nunca ahíto:  
Vivir mi vida en espiral convierte...